

IN MEMORIAM

**José Antonio Mínguez Morales
(1963-2019)**



José Antonio Mínguez nos dejó de forma repentina e inesperada cuando contaba tan solo 56 años y en un periodo feliz, dulce y pleno de su vida personal y profesional. Estuvo en Valladolid 20 años. Le conocí en 1991 en León, en un curso sobre materiales romanos en el que participamos ambos y que había organizado su amiga Teresa Amaré Tafalla, desaparecida también prematuramente. En 1998 obtuvo una titularidad de Arqueología en la Universidad de Valladolid, siendo su primer curso en esta Universidad el de 1999-2000. Precisamente su último día de clase del curso 2018-2019 fue también el último de su vida.

A lo largo de esas dos décadas, José Antonio Mínguez, que inicialmente era casi un desconocido, fue ganándose nuestra consideración, nuestro aprecio y

nuestro cariño. Y es que él era una persona afectuosa. A pesar de su voz fuerte, su verbo rápido y sus respuestas contundentes, que sorprendían a menudo al interlocutor y a veces parecían desarmarlo, él era una persona afable, excelente conversador, escuchante atento y accesible a la consulta y buen consejero. Él decía de sí mismo que era buen amigo de sus amigos, quiero pensar que me consideró una de ellos y creo que me lo demostró en más de una ocasión. Pero, además, era un hombre bueno, combativo a veces, otras socarrón, inteligente y siempre divertido.

Cursó los estudios de Historia en la Universidad de Zaragoza, obteniendo la licenciatura en 1985 y el grado de doctor en 1990 con una tesis sobre la cerámica de paredes finas en la *Colonia Victrix Iulia Lépidia Celsa*, un tema, el de la cerámica de paredes finas, que no abandonaría a lo largo de su trayectoria investigadora. En la Universidad de Zaragoza desempeñó varios puestos académicos durante casi un decenio: Becario de Formación del Personal Investigador primero, Profesor Asociado y Profesor Ayudante, después, compaginando la actividad docente con la realización de prospecciones y excavaciones y con la publicación de numerosos artículos sobre cerámica, tanto de paredes finas como engobadas, así como sobre otros materiales y temas de la arqueología romana.

Como antes señalaba, desde 1999 era Profesor Titular de Arqueología de la Universidad de Valladolid y, si su repentina muerte no lo hubiera impedido, en 2020 habría sido Catedrático de esa disciplina en nuestra universidad, pues ya estaba acreditado para ello. Sus vivencias en esas dos décadas nos resultan mucho más próximas. Desempeñó la docencia sobre Metodología arqueológica, la Arqueología de la Antigüedad, Arqueología de la Península Ibérica, así como de Epigrafía y Numismática, materias que también había impartido en Zaragoza.

En su producción científica tampoco pueden separarse nítidamente los periodos de una y otra universidad, pues el foco de sus investigaciones estuvo centrado en la arqueología aragonesa y del valle medio del Ebro. Al margen de algunas campañas de prospección, merece la pena destacar su reiterada participación en las excavaciones arqueológicas realizadas en *Bilbilis* (Huérmeda-Calatayud, Zaragoza), en la colonia *Lépidia Celsa* (Velilla de Ebro, Zaragoza) y en *Labitolosa* (La Puebla de Castro, Huesca), a las que se añade su colaboración en trabajos de campo y de laboratorio en otras muchas intervenciones, como las habidas en “La Caridad” (Caminreal, Teruel), en el “Cabezo de las Minas” de Botorrita (Zaragoza), en numerosos solares de *Caesar Augusta* y la que en 1987 le llevó a *Gerasa* (Jordania). En este tipo de actividades hay que reseñar muy especialmente los trabajos que desde 1997 dirigió y llevó a cabo en “La Cabañeta” (El Burgo de Ebro, Zaragoza).

Aun cuando en sus publicaciones abarcó un amplio espectro de temas (epigrafía, ciudades y villas romanas, puertos fluviales y navegación antigua, entre otros), pues en realidad todos los campos humanistas del saber le interesaban, la mayor parte de su investigación versó sobre la cerámica romana, tema que se vio complementado en los dos últimos decenios con los de la ciudad situada en “La Cabañeta”, yacimiento tardorrepublicano que excavó y al que dedicó no pocos proyectos, esfuerzos y tiempo con vistas a promover su conocimiento, preservación y estudio, consciente como era de su singularidad e importancia para la arqueología romana tardorrepublicana. Casi una veintena de publicaciones dan cuenta de ello, entre las que cabe destacar las que versan sobre el papel jugado por esta ciudad en la romanización del valle medio del Ebro, o aquella que valora la implantación de los modelos arquitectónico itálicos en la ciudad, o el saqueo sertoriano y el nivel de abandono en la calle de los *horrea*, sin olvidar tampoco los dedicados a los *balnea*, que algunas desazones le ocasionaron, y al complejo religioso situado junto al foro, alguno de ellos todavía en prensa.

La relevancia de la ciudad de “La Cabañeta” en el ámbito de la Arqueología romana republicana no eclipsó el interés de José Antonio Mínguez por la cerámica romana, que estuvo presente ya desde sus inicios en la investigación. Su aportación al conocimiento de las especies de paredes finas le ha convertido en referente ineludible para quien aborde su estudio, tal y como queda patente en la bibliografía no solo con un amplio elenco de artículos sobre las documentadas en diferentes yacimientos hispanos, sino también con obras de síntesis, como la publicada en 1991 bajo el título *La cerámica romana de paredes finas*, la puesta al día que sobre el mismo tema hiciera en 2005 en la obra colectiva *Introducción al estudio de la cerámica romana* o la más reciente, aparecida tras su fallecimiento, en el marco de la publicación igualmente colectiva *La arqueología romana en la península ibérica*, de 2019. Son imprescindibles asimismo sus aportaciones sobre la producción de vasos destinados a la bebida en el valle medio del Ebro (2012 y 2015), así como los trabajos que dedicó a su querido alfarero “calagorritano” *Gaius Galerius Verdullus*.

La cerámica engobada fue también foco reiterado de su interés con especial incidencia asimismo en el valle del Ebro. Además de estudios específicos sobre conjuntos u ornamentaciones singulares (medallones en relieve en 1995, decoraciones fállicas en 1996 y báquicas en 1998), les dedicó un trabajo de síntesis en 2015. Con todo, puede decirse que en sus investigaciones abordó un amplio abanico de especies de la cerámica romana tardorrepublicana y altoimperial, desde las imitaciones de las cerámicas de barniz negro a las lucernas, la común romana o la *terra sigillata*, de la misma manera que no faltan entre sus publicaciones las relativas a alfares y centros de producción. No llegó a ver publicado su artículo sobre la producción de cerámica en la ciudad

de Huesca durante el periodo andalusí, un tema que sorprende en un investigador tan centrado en el estudio de materiales romanos, pero que refleja sus amplios conocimientos, su curiosidad por otros momentos del pasado y la importancia que concedía a la cerámica como documento histórico.

Era un investigador meticuloso, minucioso y preciso, que buscaba la veracidad del dato y la exacta reproducción gráfica de una pieza, extremo en el que era incluso puntilloso, pero sin olvidar nunca el contexto al que pertenecían los materiales y que le permitía valorarlos en la justa medida. Su muerte prematura nos ha privado de otras aportaciones tuyas venideras. Aun así, le debemos mucho en el conocimiento de la cerámica romana. Su peso en este campo de conocimiento es cuantioso, enorme para el ámbito del valle del Ebro y en particular por lo que a la cerámica engobada y de paredes finas se refiere. En este último campo su obra es un referente imprescindible también para el resto de la Península Ibérica. Nuestro conocimiento sobre ciudades como *Bibilis*, *Celsa*, *Labitolosa* u *Oscá*, entre otras, se habría visto mermado sin sus aportaciones. Qué no decir del interesantísimo yacimiento de “La Cabañeta”, al que venía brindando tanta energía y tiempo en los últimos lustros

En el momento de escribir estas líneas me debatí entre dos tesis: recordar su trayectoria académica y científica, subrayando sus principales aportaciones en la investigación arqueológica, o bien recordar a la persona, al compañero de Departamento, al amigo. Lo primero era obligado y lo era con justicia. Pero renunciar a recordar la vertiente humana de José Antonio es como cercenar una parte de su personalidad y no he podido sustraerme a mencionar algunos recuerdos recurrentes de sus últimos años, aun a sabiendas de que son una pobre e incompleta semblanza suya.

A menudo José Antonio Mínguez me sorprendía saludando amigablemente en la Facultad a compañeros con los que yo apenas había cruzado unas palabras o un saludo. Diríase que conocía a casi todo el mundo. Él era sociable, presto al saludo amable, al chascarrillo a la vez que interlocutor profundo y sensato cuando era necesario. Buen compañero y presto a la ayuda. En Valladolid ganó simpatías y nuevas amistades, aunque nunca olvidó ni relegó a sus amigos y discípulos zaragozanos, consiguiendo de manera natural, nada forzada, reunir a unos y otros en torno a él cuando las situaciones así lo propiciaban. En los viajes con alumnos ya fuera de la Licenciatura, del Grado o de la Universidad Permanente o de adultos “Millán Santos”, José Antonio era una pieza clave: gustaba de hacer los recuentos en el autobús, a la par que saludaba a todos y comentaba con unos y otros, era el encargado natural de dar avisos y recomendaciones, con ese portentoso tono de voz que hacía innecesario el uso del micrófono, llamaba a mandamiento si la situación así lo requería, o mediaba con habilidad en momentos tensos. Y ante todo disfrutaba: disfrutaba de lo que

veía, de lo que enseñaba, de la gastronomía, de la compañía, y contagiaba a los demás.

En los años de Valladolid pasó momentos dolorosos y difíciles. Me consta que lo fueron las enfermedades de sus padres y su posterior fallecimiento, particularmente el de su padre, también la muerte de algún amigo que lo era desde la niñez o de algunos otros forjados en el ámbito universitario, y la muerte también de Mortimer, Morti, su perro, al que lloró no poco. Pero si pienso en él veo una persona vital, alegre, positiva y muy humana, a la que todavía espero oír hablando animadamente tal y como avanza por el pasillo del Departamento y a cuyo despacho, ahora oscuro y vacío, desearía acudir muchas veces para hablar con él, para comentarle algo o para consultarle sobre una cerámica u otro tema, no siempre académico.

Reconforta pensar en lo que nos ha ofrecido tanto a nivel humano como profesional durante estos años. Nos deja un recuerdo luminoso, pero con la tristeza de su ausencia. Sin él estamos más solos.

MARÍA VICTORIA ROMERO CARNICERO